

25 ENERO

LA CARTA DE ROMA
(SEGUNDA PARTE)



“

Quien no vive en paz con Dios, no puede tener paz consigo mismo ni con los demás.



El día siguiente, sentía aún un gran dolor en todos mis huesos y no veía la hora de poder descansar. Pero he aquí que llegada la noche, apenas en el lecho, comencé a soñar nuevamente. Tenía ante mi vista el patio ocupado por los muchachos que están actualmente en el Oratorio y junto a mí al mismo antiguo alumno. Comencé a preguntarle:

- Lo que me has dicho se lo haré saber a mis Salesianos, pero, ¿qué debo decir a los jóvenes del Oratorio?

Me respondió:

- Que reconozcan los trabajos que se imponen los Superiores, los maestros y los asistentes por amor a ellos, pues si no fuese por su bien no se impondrían tantos sacrificios; que recuerden que la humildad es la fuente de toda tranquilidad; que sepan soportar los defectos de los demás, pues la perfección no se encuentra en el mundo, sino solamente en el Paraíso; que dejen de murmurar, pues la murmuración enfria los corazones; y, sobre todo, que procuren vivir en gracia de Dios. Quien no vive en paz con Dios, no puede tener paz consigo mismo ni con los demás.
- ¿Me estás diciendo, pues, que hay entre mis jóvenes quienes no están en paz con Dios?

- Esta es, entre otras, la primera causa del malestar reinante, a la que usted debe poner remedio y que no es necesario que yo enumere. En efecto, sólo desconfía quien tiene secretos que ocultar, quien teme que estos secretos sean descubiertos, pues sabe que, de ponerse de manifiesto, se derivaría de ellos una gran vergüenza y no pocas desgracias. Al mismo tiempo, si el corazón no está en paz con Dios, vive angustiado, inquieto, rebelde a toda obediencia, se irrita por nada, le parece que todo marcha mal y, como él no ama, cree que los Superiores tampoco aman.
- Con todo, ¿no ves, querido mío, la frecuencia de confesiones y comuniones que hay en el Oratorio?
- Es cierto que la frecuencia de confesiones es grande, pero lo que falta en absoluto, en muchísimos jóvenes que se confiesan, es la firmeza en los propósitos. Se confiesan, pero siempre de las mismas faltas, de las mismas ocasiones próximas, de las mismas malas costumbres, de las mismas desobediencias, de las mismas negligencias en el cumplimiento de los deberes. Van así adelante durante meses y años y algunos llegan hasta el final de los estudios. Tales confesiones valen poco o nada: por tanto, no proporcionan la paz y, si un jovencito fuese llamado en tal estado ante el tribunal de Dios, se vería en un aprieto.
- ¿Y hay muchos de éstos en el Oratorio?
- En relación con el gran número de jóvenes que hay en la casa, afortunadamente son pocos. Mira. Y, al decir esto, me los señalaba.

Yo los observé uno a uno.

Pero en esos pocos vi cosas que amargaron grandemente mi corazón. No quiero ponerlas por escrito, pero cuando esté de regreso quiero comunicarlas a cada uno de los interesados.

Ahora os diré solamente que es tiempo de rezar y de tomar firmes resoluciones: de cumplir, no de palabra sino de hecho, y demostrar que los Comollo, los Domingo Savio, los Besucco y los Saccardi, viven aún entre nosotros. Por último pregunté a aquel amigo:

- ¿Tienes algo más que decirme?
- Predica a todos, mayores y pequeños, que recuerden siempre que son hijos de María Santísima Auxiliadora. Que Ella los ha reunido aquí para librarlos de los peligros del mundo, para que se amen como hermanos y para que den gloria a Dios y a Ella con su buena conducta: que es la Virgen quien les provee de pan y de cuanto necesitan para estudiar, obrando infinitos portentos y concediendo innumerables gracias. Que recuerden que están en vísperas de la fiesta de su Santísima Madre y que, con su auxilio, debe caer la barrera de la desconfianza que el demonio ha sabido levantar entre los jóvenes y los Superiores y de la cual sabe servirse para ruina de las almas.
- ¿Y conseguiremos derribar esa barrera?
- Sí, ciertamente, con tal de que, mayores y pequeños, estén dispuestos a sufrir alguna pequeña mortificación por amor a María y pongan en práctica cuanto he dicho.
- Entretanto, yo continuaba observando a los jovencitos y, ante el espectáculo de los que veía encaminarse a su perdición eterna, sentí tal angustia que me desperté.

Querría contaros otras muchas cosas importantísimas que vi en este sueño, pero el tiempo y las circunstancias no me lo permiten.

Concluyo: ¿Sabéis qué es lo que desea de vosotros este pobre anciano que ha consumido toda su vida buscando el bien de sus queridos jóvenes?

Nada más que, observadas las debidas proporciones, florezcan los días felices del antiguo Oratorio. Las jornadas del afecto y de la confianza cristiana entre los jóvenes y los Superiores; los días del espíritu de condescendencia y de mutua tolerancia por amor a Jesucristo; los días de los corazones abiertos a la sencillez y al candor; los días de la caridad y de la verdadera alegría para todos.

Necesito que me consoléis haciendo renacer en mí la esperanza y prometiéndome que haréis todo lo que deseo para el bien de vuestras almas. Vosotros no sabéis apreciar la suerte que habéis tenido al estar recogidos en el Oratorio.

Os aseguro delante de Dios que basta que un joven entre en una Casa Salesiana, para que la Santísima Virgen lo tome en seguida bajo su celestial protección. Pongámonos, pues, todos de acuerdo.

La caridad de los que mandan, la caridad de los que deben obedecer, haga reinar entre nosotros el espíritu de San Francisco de Sales.

¡Oh, mis queridos hijos!, se acerca el tiempo en que me tendré que separar de vosotros y partir para mi eternidad.

(Nota del secretario: Al llegar aquí, don Bosco dejó de dictar: sus ojos estaban llenos de lágrimas, no a causa del disgusto, sino por la inefable ternura que se reflejaba en su rostro y en sus palabras: unos instantes después, continuó).

Por tanto, mi mayor deseo, queridos sacerdotes, clérigos y jóvenes, es dejaros encaminados por la senda que el Señor desea que sigáis.

Con este fin, el Padre Santo, al cual he visto el viernes nueve de mayo, os envía de todo corazón su bendición. El día de María Auxiliadora me encontrare en vuestra compañía ante la imagen de nuestra amantísima Madre. Deseo que su fiesta se celebre con toda solemnidad y que don José Lazzero y don Segundo Marchisio se preocupen de que la alegría reine también en el comedor. La festividad de María Auxiliadora debe ser el preludio de la fiesta eterna que hemos de celebrar todos juntos un día en el Paraíso.



Esta segunda parte del sueño tiene un alto contenido mariano, especialmente en referencia a María Auxiliadora, con frases que han pasado a ser lemas atractivos en las casas salesianas de todo el mundo: "Os aseguro delante de Dios que basta que un joven entre en una Casa Salesiana, para que la Santísima Virgen lo tome en seguida bajo su celestial protección".

La devoción a María Auxiliadora ya se encontraba bastante asentada en esta época. Había comenzado un desarrollo importante desde el año 1862 y surcará los mares de todo el mundo con los primeros misioneros, encontrando en las Hijas de María Auxiliadora el monumento vivo de la Virgen. El centro irradiador de tal devoción había encontrado en la Basílica de María Auxiliadora de Valdocco el corazón que latía esta devoción con intensidad.

La Basílica de María Auxiliadora es el centro neurálgico de la devoción a esta advocación mariana en todo el mundo. Su construcción comenzó en 1863 y finalizó con su consagración en 1868. Es la tercera Iglesia del complejo salesiano del oratorio del barrio de Valdocco, tras la conocida capilla Pinardi y la iglesia dedicada a San Francisco de Sales.

La dimensión mariana, como ya vimos en el sueño de las dos columnas, es uno de los pilares fundamentales en el método educativo de Don Bosco. No es baladí que aparezca en esta carta, que junto con el tratado del Sistema Preventivo y el Reglamento para las casas, forman lo que se ha llamado "trilogía pedagógica salesiana".

La carta, por tanto, va a recoger los principios básicos y normas probadas como válidas en la educación de los jóvenes. En concreto describe la relación en la educación: "La caridad de los que mandan, la caridad de los que deben obedecer, haga reinar entre nosotros el espíritu de San Francisco de Sales".

A. Lenti recoge una reflexión sobre cómo es esa relación de amor, que aunque no se expresa explícitamente en la carta con el término *amorevolezza*, implícitamente recoge esta idea:

En la Carta de Roma (1884) usó el término «amor» 27 veces. En muchas otras ocasiones, Don Bosco explicó el tipo de amor que tenía en mente. Es amor espiritualmente maduro, imparcial, generoso, desinteresado, sacrificado. Es el amor impuesto por Jesús. Más simplemente, Don Bosco diría que el educador debe amar a los jóvenes del mismo modo que unos buenos padres cristianos aman a sus hijos. Si esto es así, entonces no hablamos simplemente de amor, no importa cuán profundo y verdadero, sino de amor probado y demostrado en la práctica. El amor se expresa en la práctica como cariño (*amorevolezza*). Don Bosco dice: «Los jóvenes no sólo deben ser amados, sino que deben saber que son amados». La educación solo puede tener lugar a través del amor y solo cuando el amor se manifiesta. El educador «que quiera ser amado debe amar primero, y manifestar su amor». Incluso esto no es suficiente. El amor debe expresarse de cierta manera, parecida a como Jesús o unos padres amorosos la expresarían: con cariñosa preocupación, con confianza amistosa, con amor tierno. Don Bosco llamaba al amor así expresado «*amorevolezza*».